

DIAY NOCHE

Madrid Año I Núm. 2.º

:-:

Se publica los domingos

:-:

27 Octubre - 1918

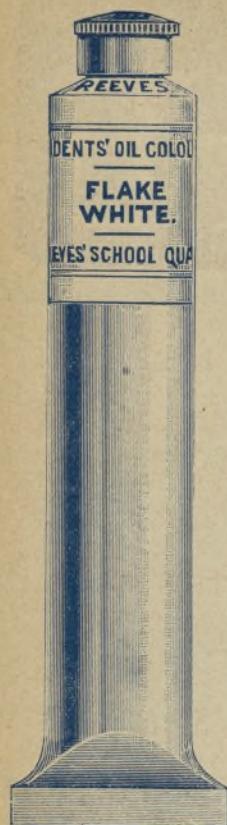


EL TEMOR DE LOS AZOTES

¡Ahola me van a echal la culpa a mí!

Ayuntamiento de Madrid

20 cts.



CASA "VIUDA DE POTCES"

(FUNDADA EN 1900)

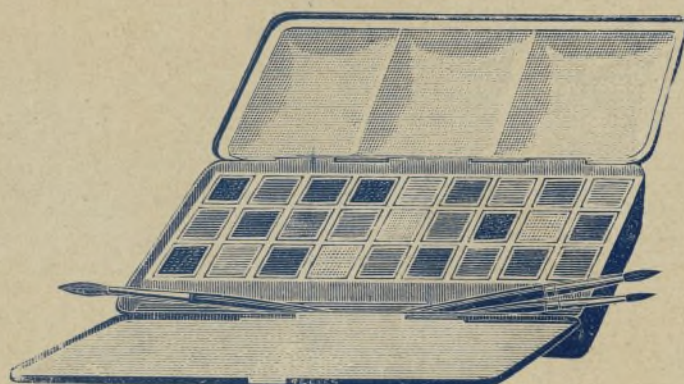
CARMEN, 6 y 8 — MADRID — TEL. M. 41-18

INMENSO SURTIDO EN ARTICULOS PARA

PINTURA

Aguafuerte, Modelado, Pirograbado,
Fotominiatura, Repujar el estaño, Cuero,
Cobre, Cartulinas, & &

DIBUJO



CARMEN, 6 Y 8. (CERCA DE LA PUERTA DEL SOL)

Agencia Administrativa (Matriculada) de **TINGUEZ NEIRA**

Instancias, altas, bajas, variaciones, patentes, reclamaciones, certificados, licencias de aperturas, muestras, etc.

SERVICIO POR SUSCRIPCIÓN
Despacho: Infantas, 23, vinos
De 10 a 1

Manuel Lezama

CAPATAZ DE LA
EDITORIAL HISPANICA

Y DE

DIA Y NOCHE

Conchas, 1. Teléfono 28-90

MADRID

Sellos caucho, metal
y placas esmaltadas
MANUEL LÓPEZ ORTEGA (HIJOS)
Encomienda, 20 duplicado
Tel. M. 51-84.—A. Correos 171
MADRID

RELOJERIA
VALENTIN GARCIA
Calle de Fuencarral, núm. 77
VENTA Y COMPOSTURAS
de toda clase de
relojes con garantía

SELLOS. Compro colecciones
y lotes; pago altos precios.
L. ODRIOZOLA
HORTALEZA, 51

PAULA
CORSETERA Y FAJISTA
De la Real Cámara
Siempre modelos nuevos
CARMEN, 10. MADRID

**CALLEJA
SASTRE**
Mayor, 21

Primera casa en Postales

MAYOR, 37

Expendeduría de tabacos n.º 6

Instrumentos de Cirugía,
aparatos Rayos X, mobiliario,
clínico, material
bacteriológico, material
antiséptico.
Mayor, 41 al 45.—Madrid

EMILIANO GARCIA
MERCERIA Y NOVEDADES

96, Fuencarral, 96

NO DE USTED MAS VUELTAS A SU CABEZA

El mejor dentrífico del mundo y preferido por las personas de buen gusto, es el

LICOR DEL POLO

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE EXITO

Espanoles: No dejarse sorprender
por dentríficos extranjeros !!

TARIFA DE ANUNCIOS

Ultima plana de la cubierta por inserción

Plana entera.... 200 Ptas.	Cuarto plana.... 75 Ptas.
Media ídem.... 125 „	Octavo ídem.... 40 „

Plana del interior de la cubierta por inserción

Plana entera.... 150 Ptas.	Cuarto plana.... 50 Ptas.
Media ídem.... 80 „	Octavo ídem.... 30 „

EN TRICOLOR PRECIOS CONVENCIONALES

Ayuntamiento de Madrid

tella atada a la cola, y en su traje cada pingajo parecía irse despidiendo de los otros.

—¡Oh! pero después de una batalla no se carece de buena ropa.

—Nuestro Miguel más bien hubiera atrapado un traje en la ropería, mientras el mercader volvía la espalda; y en cuanto a su ojo de halcón, estaba siempre fijo sobre mis cucharas de plata. Fué mozo, durante tres meses, en esta bendita casa; y gracias a sus errores y a sus cuentas equivocadas, a lo que se ha bebido y a lo que ha dejado perder, si hubiese estado otros tres meses más, yo hubiera tenido que quitar la muestra, cerrar la casa, y dar al diablo la llave para que la guardase.

—Y sin embargo de todo eso, mi querido patrón, ¿no tendríais un sentimiento al saber que el pobre Miguel Lambourne fué muerto a la cabeza de su regimiento en el ataque de un reducto cerca de Maestricht?

—¡Sentimiento! esa sería la mejor noticia que pudieran darme, pues me aseguraba de que no le habían ahorcado; pero no hablemos más. Yo temo mucho que su muerte no haga nunca mucho honor a su familia. En todo caso, añadió el posadero llenando un vaso de Canarias, brindo por que Dios le dé paz, con todo mi corazón.

—Poco a poco, señor patrón, poco a poco; no temáis nada; vuestro sobrino os hará honor todavía, sobre todo si es el mismo Miguel Lambourne que yo he conocido, y a quien estimo casi tanto.... a fé mía, casi tanto como a mí mismo; no podríais indicarme alguna señal que pudiese hacerme conocer si nuestros dos personajes son uno mismo?

—Ninguna, que yo recuerde, dijo Gil Goslin, si no es que a nuestro Miguel le habían marcado en el hombro izquierdo por robar una copa de plata a la señora Snort, de Hogsditch.

—Mentís como un bellaco, tío, dijo el forastero ladeándose la gorguera y bajándose la manga del jubón; mi hombro está tan limpio de cicatrices como el vuestro.

—¡Cómo, Miguel! Pero, ¿eres tú?, exclamó el hostelero. Ya hace media hora que lo venía sospechando, pues no creo que nadie pudiera interesarse tanto por tu persona. Pero si tienes el hombro tan liso como aseguras, agrádescelo a Goodman Thong, el verdugo, que te aplicó el hierro en frío.

—Callad, tío; basta de bromas. Guardadlas para sazonar vuestra agria cerveza, y veamos si recibis cordialmente a un sobrino vuestro que rodó por el mundo durante diez y ocho años.

—Según veo, Miguel, has adquirido una cualidad propia de

que un provinciano se volviese de Londres sin ver la cara al rey. Los habitantes de Cumnor se envanecían de Gil Gosling, y Gil Gosling se envanecía de su posada, de su vino, de su hija y de sí mismo.

En el patio de la posada de este buen hombre, un viajero se apeó a la caída de la tarde, y entregando su caballo, que parecía haber hecho un largo viaje, al mozo de mulas, le hizo al-



gunas preguntas que dieron lugar al siguiente diálogo entre los sirvientes del *Oso negro*.

—¡Hola! ¡Juan!—dijo el mozo de mulas.—Allá voy, Guillermo, respondió el criado encargado de la bodega, asomándose con el chaleco desabotonado, su pantalón de lienzo y su delantal verde a una puerta, que parecía conducir a un sótano.

—Aquí hay un viajero que pregunta si tienes buena cerveza. *y tenía un ojo de halcón...*

—¡Ah! por supuesto, ¿qué sería de mí si no! porque no habiendo de aquí a Oxford más que cuatro millas, si mi cerveza no convencié a los estudiantes de su bondad, ellos me convencerían de su disgusto, tirándome el jarro de estaño a la cabeza.

—¿Es eso lo que llamáis la lógica de Oxford?—dijo el extran-

jero adelantándose hacia la puerta de la posada, después de entregar su caballo. Al mismo tiempo Gil Gosling se presentó delante de él.

—¿Hablaís de lógica?—dijo el huésped; pues escuchad un buen aforismo:

El caballo al pesebre
y el ginete a beber junto al hogar.

—¡Amén de todo corazón, mi querido huésped!—dijo el forastero: dadme, pues, un frasco del mejor vino de Canarias, y ayudadme a vaciarlo.

—Estáis aún en la cartilla, señor viajero, si necesitáis el socorro de vuestro huésped para echar un trago tan escaso. Si fuese un galón (1) podríais tener necesidad de la ayuda de un vecino, y presumir todavía de hombre fuerte.

—No teman nada, dijo el recién llegado, yo haré mi deber como un hombre que se encuentra a cinco millas de Oxford. No vengo de los campos de Marte para perder mi reputación entre los sectarios de Minerva.

Mientras hablaban así, Gil Gosling con el mayor agasajo le hizo entrar en una gran sala baja donde se hallaban varias personas en grupos. Los unos bebían, los otros jugaban a las cartas, algunos hablaban, y otros, cuyos negocios exigían que se levantasen al otro día muy temprano, acababan de cenar, y mandaban ya al mozo les preparara sus respectivas habitaciones.

La llegada del extranjero fijó sobre él aquella especie de atención indiferente que en general se concede en tales casos a un recién venido, y este examen produjo las siguientes observaciones.

—El recién llegado era uno de esos hombres que, aunque bien formados y de un exterior nada desagradable en sí mismo, están sin embargo tan lejos de poseer una fisonomía que prevenga en su favor, que, sea a causa de la expresión de sus facciones, del sonido de su voz, o a consecuencia de su continente y de sus maneras, se experimenta una especie de repugnancia en su sociedad. Tenía un aire de osadía sin franqueza, y parecía anunciar a primera vista grandes pretensiones a la consideración y a la deferencia, como si temiese que no se le hubieran de otorgar si no hacía valer al instante su derecho para

(1) Medida inglesa de líquidos.

yáis sabido algunas de sus locuras poco hace; pues más de un potro salvaje ha llegado a ser un noble corcel. ¿Cómo se llama?

—Miguel Lambourne, hijo de mi hermano; repuso el dueño de «El Oso Negro», pero no es gran satisfacción recordar el nombre, ni el parentesco.

—¡Miguel Lambourne!—dijo el extranjero, fingiendo recor-



dar a este nombre. ¡Qué! ¿Será pariente de un tal Miguel Lambourne, el valeroso caballero, que se comportó con tanta bizarría en el sitio de Venlo, que Mauricio le dió gracias al frente del ejército. ¡Decían que era inglés, y de un nacimiento poco elevado.

—¡Ah! ese no puede ser mi sobrino, dijo Gosling, porque no era más valiente que una gallina, como no se tratara de hacer daño.

—La guerra engendra el valor, replicó el extranjero.

—Es posible; pero creo más fácil que le hiciera perder el escaso que poseía.

—El Miguel Lambourne que yo he conocido era un joven galán, le gustaba vestirse con elegancia, y tenía ojos de halcón para descubrir a una linda muchacha.

—Nuestro Miguel tenía el aspecto de un perro con una bo-

ha muerto como un ciervo...



Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses.	2,50	Ptas.
Seis meses.	4,75	"
Un año.	9,00	"

DIRECTOR

FERNANDO PONTES

Redacción, Administración Talleres

Cardenal Cisneros, 47

APARTADO DE CORREOS 809 TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Tres meses.	8	Ptas.
Seis meses.	15	"
Un año.	25	"

Año I

Madrid 27 de Octubre de 1918

Núm. 2

DON MANUEL



FRA un viejecito simpático y pulido, de una limpieza extremada, afable trato y ademanes corteses ceremoniosos; cuando saludaba, inclinándose con gentil reverencia, parecía que iba a danzar un minué. De pequeña estatura, llevaba continuamente ropa negra y corbata del mismo color que resaltaba sobre la blanquísima camisa.

El rostro rasurado cuidadosamente, dotado de una movilidad extraordinaria, semejaba por las pronunciadas arrugas al de un veterano actor, dándole animación el brillo de los ojillos escrutadores, que miraban alegres tras los espejuelos de los lentes, unos lentes de muelle arcaicos, cabalgadores burlones casi siempre sobre la mitad justa de su nariz.

Por el aspecto anticuado de su menuda personilla, un poco acartonada, podía pensarse sin miedo a engaño que nunca fué joven ni tuvo infancia; nació con sesenta y cinco años, y con la misma edad permaneció toda su vida.

A diario, madrugador, llegaba a la oficina puntualísimo; sentábase ante su mesa, y momentos después aparecían sobre el pupitre los chismes de escribir correctamente alineados; en la delicada operación de colocarse los manguitos, demostración pañosa de su

pulcritud, ponía sus cinco sentidos y toda la coquetería de que era capaz.

Inmediatamente comenzaba su labor, concienzudo, obstinado, sin renegar ni maldecir de la tarea, resolviendo pronto los más difíciles y embrollados expedientes.

El resto de su vida era un misterio; jamás permitió que nadie le acompañase al salir; nunca hizo la menor alusión por la que pudiera vislumbrarse algún detalle de su familia.

Una tarde en que el tedio me empujó a pasear por los barrios extremos, aburrido penetré en un café solitario de esos que conservan los muebles, los utensilios, los licores y hasta la atmósfera de hace cincuenta años.

Buscando rincón propicio en donde sentarme, divisé a don Manuel, y contento por el hallazgo me encaminé hacia su velador:

—Buenas tardes, don Manuel, si no le molesto...

—Felices. De ninguna manera, joven.

Lo dijo con su acostumbrada finura, pero en la voz pude notar un ligero acento de contrariedad; la convicción de que era importuno me cohibió de tal modo que, durante el corto rato que permanecimos juntos solo supe decir tonterías, contestadas por don Manuel

con monosílabos. Para no molestarle más, fingiendo tener prisa, me despedí presuroso y salí.

Otras tres veces volví al café a la misma hora, pero falló mi intento de charlar con el viejo compañero; don Manuel no estaba; el camarero, extrañado por la ausencia, me confesó que hacía quince años que don Manuel iba a la misma hora cuotidianamente.

Callé lo acontecido temiendo las bromas de los compañeros, y una mañana, madrugando aposta para encontrarme a solas con él en la oficina, conseguí darle explicaciones:

—Perdone usted la tabarra del otro día; le doy mi palabra de que nuestro encuentro fué puramente casual, y se la reitero de que no volveré al café aquél. Puede usted reanudar su interrumpida costumbre.

Pareció conmoverse ante mi sinceridad.

—Gracias, joven, gracias. Usted me comprende; esto que parece poco, es mucho. Afortunadamente aún quedan personas con delicadeza.

Diciendo esto me abrazó enternecido.

—Si no tiene ocupación de más monta, hoy tendré un gran placer en que charlemos. ¡Hace tanto tiempo que no hablo con nadie! Hasta luego pues; en el café le espero.

Larguísimo me pareció el tiempo. Don Manuel continuó su trabajo imperturbable e indiferente como siempre, sin hacer la menor alusión durante toda la mañana a nuestra entrevista.

Apenas terminé de comer, impaciente cual si de una cita amorosa se tratara, acudí. A poco entraba don Manuel, alegre, satisfecho, transfigurado.

Y entonces habló:

—Tuve la desgracia de casarme con una muchacha muy bonita que no supo comprenderme. Enamorado como estaba de ella, creyéndola el colmo de la perfección fui tan imbécil que uní mi suerte a la suya. Los dos primeros meses de matrimonio fui feliz, pero al tercero comenzaron los disgustos seguidos de escenas patéticas y lágrimas, acompañadas de reproches, lamentando el haberse casado conmigo. Según ella, la engañé miserablemente ocultando durante el noviazgo las probables privaciones originadas por mi corto sueldo.

Con el acicate de la desesperación, deseoso de encontrar en mi hogar la paz venturosa soñada, trabajé febril; ella necesitaba dinero, pues lo tendría. Conseguí tras muchos esfuerzos, asediando a todos mis conocidos, entrar en un periódico. Sería inútil referirle los pormenores de mi existencia de entonces; robando horas al descanso me convertí en un autómatas infatigable, logrando con mi esfuerzo constante que mi firma se cotizara.

Aquí donde usted me ve, yo fui en mi mocedad famoso; mis madrigales corrían de boca en boca; no hubo fiesta literaria de aquella época en que yo no to-

mase parte; mis comedias las recibió el público con aplauso; de todas las revistas solicitaban mi colaboración. Conquisté celebridad y dinero.

Mi mujer, encantada al ver que satisfacía todos sus caprichos, parecía dichosa de verdad, y sin embargo, un día se escapó de mi lado sin decirme adios.

Sumido en honda pena no intenté siquiera buscarla. Si ella en lugar de huir, me hubiese dicho cara a cara que para su afán de lujo necesitaba más dinero aún, hasta piedras habría arrancado con tal de verla contenta.

A poco volvió muy enferma; carecí de valor para rechazarla; el recuerdo de lo que la quise pudo más que mi furor.

Como una madre la cuidé; noches enteras sin dormir; privaciones sin cuento...

Al fin conseguí verla restablecida; estaba más hermosa que cuando nos casamos.... y murió.... eso sí, bendiciéndome.... arrepentida del mal que me había hecho... como una santa...

Los sollozos le hicieron callar.

—Vamos, don Manuel...

—Es verdad, soy un niño...

—Comprendo perfectamente...

—Gracias, joven, muchas gracias. Desde entonces, hastiado, renuncié a todo, y mi único afecto ¡pásmese usted! le puse en los expedientes. Sí, son los únicos que no engañan.

—Es usted admirable, don Manuel.

—Lo peor es que dentro de poco me jubilarán, y entonces ¿qué va a ser de mí? ¿Cómo pasar seis horas con mis amigos?

—¡Quien piensa en ello!

Quedé encantado de la nueva amistad, porque don Manuel, aparte de su manía, era hombre culto, de ingeniosa conversación y la honradez en persona. Poco tiempo después, llegó la fecha en que le jubilaron.

Todo eran bromas y felicitaciones:

—Don Manuel, ¡enhorabuena!

—¡El ideal! ¡Cobrar el sueldecito, darse buena vida y no parecer por la oficina! ¡Qué suerte!

Don Manuel escuchaba, sonreía y daba las gracias.

Cuando nos marchábamos, me acerqué:

—¿Se queda usted?

—Sí, joven, sí. Voy a despachar el último trámite.

—Hasta luego.

Al día siguiente, los ordenanzas encargados de la limpieza, encontraron a don Manuel muerto, de bruces sobre la mesa, con la pluma de escribir entre los dedos agarrotados. Sonreía beatífico. Quizás en sus últimos instantes entrevió un Paraíso donde no existía ninguna mujer, y en cambio había expedientes que despachar y un café solitario polvoriento en que pudiera dejar deslizarse mansas, lentas, las aburridas horas de la tarde.

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.



De Beatriz a Rosalinda

Mi querida Rosalinda: Confieso que tu impresión inicial de una Europa «en guerra» me ha desconcertado un tanto.

Aparte las peripecias y dificultades de tu entrada en Francia, de las que no lograron salvarte tu calidad de «ciudadana del mundo»—¿estás segura que en esta ocasión no has excluido de tu nacionalización universal a los Impersos Centrales?—la primera parte de tu carta me revela a una Rosalinda totalmente distinta a la que conozco. Hija de Eva al fin, te han conmovido profundamente las vicisitudes porque atraviesa hoy el Adán de todos los Paraísos. ¿No has sostenido siempre que está bien que el hombre sufra algo, ya que a la mujer la señaló el destino para ser algo así como una perpétua Niobe con fundamento? ¿A qué te enterneces ahora tanto ante las víctimas de la conflagración mundial?

¿Que tu herido es un oficial norteamericano? ¿que es esbelto como un «cow boy» y tiene los ojos azules, las pestañas negras, las facciones correctísimas, la color quebrada y el brazo derecho en cabestrillo?... Tus apreciaciones son otros tantos títulos de mérito para el afortunado mortal que ha hecho con vosotros el recorrido Bordeaux-Paris, pero en modo alguno varían la razón de lo que te digo antes.

Ya, ya me figuro que te iba a maravilla tu traje de viaje de punto de lana gris, adornado con los nuevos bordados de lana deshinchada. Que tu «canotier» de seda flexible, «enfonce» hasta lo inverosímil (¿no confiesas que el ala te impedía dar pleno juego a tus pestañas «vis a vis» de esas otras que daban sombra a unos ojos azules?...), realzaba el tono cobrizo de tu cabello...

Ni necesitas decirme, para satisfacción de tu vanidad, que al americano deben gustarle extraordinariamente las mujeres bien calzadas, porque no apartaba sus ojos de tus zapatos de ante a «la Mexicaine» [de largos flecos. Conozco demasiado la coquetería de tus andares y la prodigiosa pequeñez de tus pies, para que pueda sorprenderme la insistencia de tu mirador en este terreno.

Yo... hablando de otra cosa, no es que yo pretenda criticar tu arraigada aversión a los prejuicios y convencionalismos

sociales, pero, sería tan ilógica como lo eres tú, si dijera que el ayudar a encender un pitillo a un «pobre» herido en el

pasillo de un tren express y a la poética luz de un atardecer, es lo mismo que calmar las ansias fumadoras de heridos graves y convalecientes sujetos aún a los cuidados de sus enfermeras en los hospitales y ambulancias de guerra.

¿Que el «flirteo» es fruto que crece en todos los terrenos? Claro que sí. Y no faltará, que digamos, en los centros de dolor que mencionas; pero, vamos... que ni tú eres enfermera de la Cruz Roja, ni

tu americano, cuyo nombre por lo visto aún ignoras, es un «imposibilitado»;—a mí no me convences de que el pobrecito llevaba sin fumar desde que salió del hospital hasta que el destino quiso poner una caja de cerillas entre tus manos;—ni el pasillo del express en poético atardecer se parece en nada a las tristes salas del hospital en las que el amor, si nace, viene rodeado de sombras y lamentos.

Ello no empece para que tú hagas el más generoso derroche de compasión y femenina ternura en tus ratos de conversación con el herido de tu historia. Sólo te ruego, en bien suyo, que no extremes la nota, no sea que el pobre salga de una enfermedad para caer en otra más grave aun que la que viene padeciendo.

Y a qué seguir, cuando sé que mis amonestaciones caerán en el vacío, que consolarás a tu herido como y cuanto te plazca y que

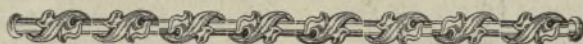
después de desatender mis consejos te me vendrás a quejar de tu mala suerte. Lo único que te pido es que no dejes de escribirme. Tus cartas tienen toda la deliciosa incoherencia y feminidad de tu palabra hablada. Son en estos tiempos de aburrida «mi saison» un verdadero tónico [espiritual, no me prives, pues, de ellas y de tus impresiones, de la que fué «ciudad de la luz» y de sus últimas fantasías en materia de moda.

BEATRIZ GALINDO



Chapeau en tresse de chanvre de la casa Champagne

Foto Henri Manuel.



NEMESIO, ESTUDIANTE

Don Acisclo, honrado comerciante del género de coloniales, en vista de que, con el pretexto de la tan joven y ya famosa guerra mundial, el manoseado calcetín donde guardaba los ahorros se ha puesto extraordinariamente obeso, concibe repentino una idea genial e inmediatamente se la comunica a la fidelísima compañera de su vida:

—Eutiquia, en nuestra familia no ha habido más hombre que *descolle* que yo.

—Hasta cierto punto, Acisclo.

—Y es necesario que nosotros contemos en nuestra descendencia con un hombre ilustre; por lo tanto, he decidido que Nemesio estudie.

—Pero por Dios, Acisclo, ¿no sabes que nuestro hijo es más cerrado que las Cortes? Además ya tiene veinticinco años.

—Eso no es óbice; los genios de la Humanidad siempre empezaron a estudiar maduros, la Naturaleza...

—Si empiezas a discursar me voy.

—Quiero que sea abogado; así no me darán en los morros las de Rejoncillo diciendo a todas horas que si su hermano gana tanto o cuanto siendo curial. Avisa a la tienda, que suba.

Y en efecto, Nemesio, sorprendido por el recado paternal en el preciso momento en que daba con el dedo en el peso para completar subrepticamente un kilo de alubias, se presenta en el entresuelo que le sirve de casto hogar doméstico, temblando como un flan recién hecho.

—Nemesio—dice su progenitor—, desde hoy ha cambiado tu vida, y lo primero que tienes que hacer es quitarte esa blusa, símbolo mugriento de esclavitud mostradoril, impropia de un futuro licenciado de derecho.

Nemesio, no pudiendo contener su alegría, comienza a estampar ósculos en las mejillas de ambos cónyuges, y sin querer oír más, se empareja como si fuera a ir a la Bombi, y sale disparado hacia la casa de huéspedes en que habita su amigo de la infancia Fernández, que hace siete años que cursa el último de farmacia, con objeto de pedirle detalles de la vida estudiantil.

—Ya verás como te diviertes; el billar, las secciones *vermú*, las novias, el no ir a clase, la parada, el empeñar los libros, ser estudiante es lo mejor de lo mejor. A propósito, y perdona la confianza, entre compañeros... ¿tienes ahí un duro?

Nemesio, loco de júbilo, entrega la moneda, y vuelve al domicilio paterno, concibiendo más halagüeños proyectos que Cambó.

En el portal, tropieza de manos a boca con Rudesinda, la criada del segundo, que hasta entonces ha tenido la dicha de poseer por completo la viscera cardiaca del expendedor:

—Celebro encontrarte, Rudesinda, para decirte que desde hoy todo ha terminado entre nosotros. Dada mi nueva posición social, tengo aspiraciones más altas.

—¿Habrás visto el pelanas!

—Una futura lumbrera como yo...

No pudo seguir; Rudesinda, indignada justamente por el rompimiento de relaciones, le coloca por montera la cesta de la compra; Nemesio huye encapirotado, apostrofando con voz de Metropolitano a la que fué su primer amor, jurando que cuando vaya a la tienda no la darán el peso corrido, ni la regalarán almendras garrapiñadas, ni caramelos, y que en venganza dirá a su señora que la sisa más que una chalequera.

Sin lograr, a pesar de los esfuerzos que hizo, despojarse de la endiablada cesta, Nemesio pudo a tientas encontrar el cordón de la campanilla, logrando que su señora madre le diese entrada. La pobre doña Eutiquia, sorprendida al ver el fenómeno que ante su vista se mostraba, creyendo que era un ladrón, comenzó a grandes voces a pedir socorro, poniendo en movimiento a toda la vecindad; acudieron a los gritos desde la portera hasta un guardia, el que valiéndose del sable pudo romper los mimbres aprisionadores, apareciendo entonces la compungida y achichonada faz de Nemesio, envuelta entre suculentos manjares.

Apaciguados los ánimos, y mientras Nemesio se relamía unas yemas de huevo que le escurrían por la nariz, doña Eutiquia, con una arpillera y un cacho de teja, limpiaba de arriba a abajo al tallado fruto de sus entrañas.

—Pero ¿cómo ha sido esto?

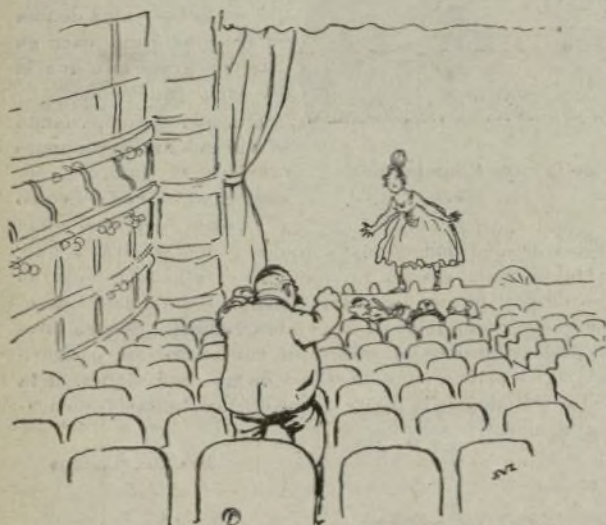
Nemesio, que mantenía su pasión amorosa a espaldas de los papás, contestó:

—¡Envidias y nada más que envidias! ¡Porque saben que voy a quitar muchos moños! ¡Eso es, muchos moños! ¡Ay de todos cuando yo sea abogado!

Pronunciar las últimas palabras y caer sobre los baldosines, víctima de un accidente epiléptico, fué todo uno. Y mientras Nemesio, retorcido como un sacacorchos, era conducido a la cama, doña Eutiquia, mesándose el añadido, exclamaba eclipsando a la Sada Yacco:

—¡Acisclo! ¡Acisclo! ¿Qué has hecho de tu hijo?

ARÍSTIDES FREDELVAL.



El empresario.—Señorita, basta; yo no puedo consentir escándalos en mi teatro.

La debutante.—Yo no he armado escándalo.

El empresario.—No; pero se armará esta noche en cuanto abra usted la boca.



El gato.—Pero ¿dónde tendrá este pájaro la carne?

DE ACTUALIDAD

I

Esta cróniquilla, escrita bajo unas nubes plomizas cuyo monótono llanto nos impregna de humedad el pavimento y de tristeza el espíritu, no puede ser todo lo alegre que quisiera su autor.

Quizás cuando estas líneas aparezcan a la vista de sus lectores, un sol esplendoroso habrá confortado las calles y habrá secado las almas, o viceversa, aunque no sea más que para dejarme mal. Pero en este momento la lluvia arrecia; los transeúntes recorren las vías con los paraguas encendidos, como dice una nieta mía, por decir con los paraguas abiertos, y el fango se enseñoorea del piso y especialmente del de aquellos parajes cercanos a los pozos que el señor metropolitano (no el arzobispo), necesita para su servicio particular.



En estos tiempos en que el militarismo impera todavía (y digo *todavía* con las *del veri*), no me extraña que las lluvias sean generales. Y de que lo son no hay duda, por lo cual debemos atenernos más bien a lo que nos comunican de las provincias que a lo que nos anuncia el zaragozano. De lo que sí hay una duda verdaderamente desorientadora, es de los efectos de la lluvia con respecto a la salud.

Mientras unos afirman que con el agua decrecen las epidemias, se restablecen las fuerzas motrices y se abaratan los panecillos, otros aseguran todo lo contrario, y yo digo que si con el agua de Mayo crece el pelo, con la de Octubre nos le toman los doctores, ya lo sean de profesión, ya lo sean de oído nada más.

En fin, bienvenidos sean los copiosos aguaceros si han de purificar la atmósfera y han de traernos algo bueno; pero miren ustedes que si no matan un solo microbio y nos exacerban el reuma, sobre hacernos gastar en chanclos las pesetas, nos hemos divertido los que no tenemos más granos que aquellos con que Natura pródiga quiso decorar nuestros honrados cogotes!

II

Por cierto que en estos felices tiempos en que las notas del gobierno de Wilson y las de la orquesta de Arbós se confunden, falta en los días lluviosos uno de los encantos de que años atrás disfrutábamos los observadores. Refiérome a los bajos de las damas. Ciudadano había que tan pronto como caían cuatro gotas y el piso se lodalizaba (a mí no me achican los cultivadores de la palabrería extravagante), salían a la calle paraguas en ristre con el único y no despreciable objeto de ver las pantorrillas a las mujeres que cruzaban las vías con el santo recogimiento de unas faldas que sin él barrían los adoquines.

Hoy hemos progresado considerablemente y los viejos lividinosos de antaño y los jóvenes atrevidos no necesitan que el tiempo se meta en agua para meterse ellos en la faena de ver piernas en libertad. Todos los días, en todas partes, ora el sol nos derrita el encéfalo, ora el frío nos entumezca lo que encuentre más a mano, la cortedad de

las faldas vigentes, en las niñas como en las jamonas, permite que nos aprendamos de memoria, no ya sus angostos tobillos, sino también las mórbidas mollas de más arriba.

—¿Qué extremidades superiores tiene Margot!—exclamaba un día cierto sujeto.

—¿Te refieres a los brazos?—le preguntó un amigo.

—No, a las piernas.

—Como dices extremidades superiores...

—¡Pues si no son *superiores*, que venga Dios y lo vea! Lo que sabe Dios es que son las mujeres las que han tenido a bien obsequiarnos con semejantes exhibiciones; porque nosotros, que yo sepa, no las hemos pedido jamás que implanten la fresca y sugestiva moda de las faldas actuales.

Ustedes seguramente recordarán haberles rogado alguna vez que se las levanten, pero nunca que se las corten. ¿No es así?

Y basta de faldas y basta de humedades por ahora.

III

La paz se nos echa encima.

No aludo a la Paz Gutiérrez, cocinera ingerta en cupletista, de cuyas gárgaras somos víctimas unos cuantos infelices ciudadanos sitos en la misma casa.

Me refiero a la paz europea, que buena falta nos hace.

—Oiga usted, don Juan—me decía anoche la madre de una tiple segunda, que es de primera—¿usted cree que la paz es un hecho?

—No, señora. Tenemos que esperarla sentados.

—Pues me da usted un disgusto con su creencia. Porque yo alimentaba ciertas ilusiones con las subsistencias.

—Es natural, señora.

—Digo que yo veía le rebaja del bacalao como le estoy viendo a usted.

—¿Sí, eh? ¿Supone usted que al día siguiente de firmarse el armisticio la van a vender a usted aspirina de verdad y huevos gordos a perra chica?

—Puede que tenga usted razón... Y dígame usted, don Juan—añadió mi amiga—¿qué opina usted del anunciado desarme de los ejércitos?

—Que quizá nuestros hijos lo verán.

—Luego no será una medida próxima...

—Próxima, no.

—Pues, no sabe usted lo que me alegro. Porque el novio de mi Rudesinda es capitán de húsares y el pensar que no volveríamos a verle armado, nos mataría de pena.

IV

La gripe, o lo que sea, sigue haciendo extraños en toda España, sin respetar edades ni condiciones.

Pero bienaventurados sean los atacados del «micrococcus gripalis»; porque, no enterándose de las discrepancias de la Prensa sobre el estado de la enfermedad, tienen mucho adelantado para no volverse locos.

Cojemos un diario de la mañana y leemos en letras como melones este epigrafe:

«La epidemia decrece» Y tomamos otro de la misma mañana, que nos dice en letras del tamaño de sandías:

«Aumenta la epidemia»

Total, que no sabemos a qué atenernos y menos aún lo saben lo infelices invadidos, cuyos médicos confiesan que no conocen el mal reinante y por lo tanto no saben si recetar al cliente baños de sol, inyecciones de dinamita o calabacines rellenos.

—¿Por qué llora usted?—acabo de preguntar a la vecina de al lado.

—Por que Ruiz, el veterinario, ha dejado morir como un animal a mi pobre cotorra, sin acertar a curarla.

—¿Y de qué ha muerto la desventurada?

—¿De qué ha de ser...? ¿De la gripe!

¡Dios nos coja confesados, y nos mantenga vivos, si quiera hasta el día de los difuntos!..

LA ACTUALIDAD EN VALENCIA Y SEVILLA



VALENCIA.—1. Retrato de D. Joaquín Agrasot.—2. D. Joaquín Agrasot en su estudio en Valencia.—3. "Antes del baile" cuadro de Agrasot.

(Fotos M. Vidal.)

SEVILLA.—4. Artísticas andas en que salió en procesión la venerada imagen de la Virgen del Pilar de la parroquia de San Pedro, después de la solemne función religiosa costeada por la colonia aragonesa.

(Foto del Pando.)



SALPICADURAS

Al entrar en Instrucción
el conde, con afición
decía: «Parece, Brocas,
que a los maestros muy pocas
pesetas les van a dar.»

Y al escucharle así hablar,
le contestó el secretario:

«Pero ¿es algo extraordinario
que no tengan para pan?»

Pues que lo dice el refrán,
no hay que apurarse por nada:
Al maestro cuchillada.»

* * *

Causa la epidemia horrores,
fieros daños;
a muerte anda a toma y daca,

según vemos:
mas, desde hace cuatro años,
padecemos
otros microbios peores,
a los cuales llaman aca
paradores.

* * *

Volverán otra vez en estas Cortes
de la Patria los *padres*, a soltar
sus discursos manidos, pretendiendo
las cosas arreglar.

Volverá Villanueva, amablemente,
cien campanillas rotas, a dejar;
se cerrarán después de unas sesiones,
y... ¡aquí no ha *pasao nd!*

Ayuntamiento de Madrid

Un zapatero frescales,
filósofo algunos ratos,
ya no quiere hacer zapatos
ni botas ni zapatillas,
por no admitir competencia
con los ministros actuales,
que se pasan la existencia
confeccionando *plantillas*.

* * *

Para pasar el rato,
con lenguaje satírico barroco,
al del inquilinato
le llaman en mi casa el *neumococo*.

JUAN NARANJAS DE LA CHINA.

DESDE EL GALLINERO

La semana teatral ha dado de sí poco bueno. Un estreno de escasísimo interés en Novedades, teatro que no justifica su nombre; la obra, titulada *Los Sabios doctores*, del Sr. Pérez López, música del maestro Alonso, pasó. No tuvo igual fortuna *Los misterios del amor*, de Pérez Capo y Roig, estrenada en Martín entre protestas del público. Éxito grande constituyó la reposición de *La Tizona* en el Teatro del Centro, y triunfo de la sastrería la de *Militares y Paisanos* en la barquillera de Serrano; los intérpretes de la vetusta obrita, muy por debajo del sastre.

En el Teatro de Cervantes, se estrenó por la compañía del Sr. Vilches una comedia, o cosa parecida, del Sr. Piniños (Parmeno). En el caos existían en masa informe todas las cosas que habían de ser en lo futuro, y por consecuencia también *Las alas*, de Parmeno. Del caos se escapó esta comedia sin permiso del Creador, y al caos la devolvió, como a pelota extraviada, el público que presenciaba el estreno.

La informe e imposible cosa que su autor tituló *Las alas*, pudo ser una comedia si hubiese caído en manos expertas; tal como está sólo sirvió para demostrar lo excelente actriz que es Irene López Heredia, y lo mal que se aprende sus papeles el Sr. Vilches, aunque realmente el papelito no merecía el esfuerzo necesario para aprenderlo.

El Sr. Martínez Sierra dió para la inauguración de la temporada de Eslava un estreno—lo llamaremos un *adarme de comedia*—de Felipe Sassone. El cronista, durante los tres actos de que consta la obra, cambia sucesivamente de gafas, pero ni las verdes, ni las rosadas, ni las de color de cielo le ayuda a descubrir la enjundia de la comedia ¿será que no la tiene?... Tal vez con un microscopio de dos mil aumentos...

Lo que se vió con todos los cristales de todos los colores,

lo mismo que con los ojos desnudos, es una actriz colosal, cada vez más flexible, más completa, más sugestiva. ¿Hay que decir que nos referimos a la Sra. Bárcena? tuvo un momento en el primer acto, cuando se encuentra inopinadamente con Carlos, su primero y único amor, que años atrás la condenara sin razón ni explicación al dolor de la ausencia, en que la Sra. Bárcena dió una sensación tan honda de realismo, que el público prorrumpió en un murmullo de admiración.

El tercer acto es tan deficiente, que ni la gran actriz pudo disimular la endebles de la obra.

El Sr. Simó Raso, gran actor, estuvo fuera de tono, abusando constantemente del gesto; el papel que interpreta está construido a base de coñac tres estrellas; (y no es reclamo, por lo ménos en esta crónica), y el personaje, que en el *escrúpulo* de comedia se llama Felipe el naufrago, es francamente Muñozsecano o Muñozsequista, e hizo mucha gracia a una parte del público; se ve que Muñoz Seca va creando escuela.

La psicología de Victoria, la protagonista es completamente arbitraria y no soporta el más ligero análisis.

La escena, mezquinamente puesta en los dos primeros actos, y francamente mal en el tercero; en este, se ve por la ventana un jardín con una perspectiva de macizos vegetales que mejor parecen un tren de mercancías. El resto de los intérpretes, bien en general, mereciendo especial mención el Sr. Collado en su episódico papel. La comedia gustó al respetable, que aplaudió e hizo salir al autor al final de cada uno de los tres actos.

En Apolo, *Los Calabreses*, zarzuela de Jakson y Luna, agradó al público, apreciándose gran superioridad de la música sobre el libro.

EL OPTIMISTA



Mlle. Marcelle Combes, notable pianista que ha hecho una brillantísima campaña en las ciudades del norte con sus conciertos clásicos de piano.

(Foto. del Río).

La actualidad teatral



1. y 3. escenas de la obra titulada "Las alas" estrenada en el teatro Cervantes.—2. Teatro de Eslava. Una de las principales escenas de la obra titulada "La Srta. está loca"—4. Sra. Bárcena y el Sr. Hernández en una de las escenas de "La Srta. está loca"—5. y 6 Teatro Apolo. Dos escenas de "Los Calabreses".

(Fotos. del Río).

LA ACTUALIDAD EN MADRID Y EN MELILLA



1.º CARRERAS DE CABALLOS. El público comentando una carrera.—2.º El público presenciando una de las carreras.

(Fotos del Río)

3.º—MELILLA. Exámenes de árabe. El general Monteverde y coronel de la Oficina indígena Sr. Gil con los jefes y oficiales de la Academia de árabe después de los exámenes del 3.º y último año y la apertura del nuevo curso.

(Foto Lázaro)

4.º—Los presidentes de varias sociedades de Madrid, reunidos en el Círculo Mercantil para tratar de las rebajas de los tranvías.

5.º—El gremio de frutas y verduras reunido en la Bombilla para festejar a D. Leonardo Caba por sus éxitos en la Cámara de Comercio

(Fotos del Río)

CREPUSCULAR

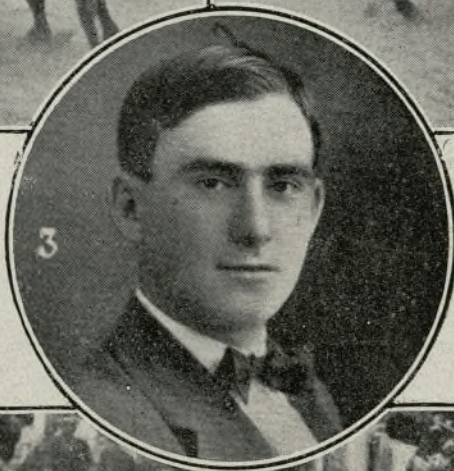
Tiende la tarde el manto ceniciento
y los tonos de luz se desvanecen
con las sombras grisáceas que parecen
jirones empujados por el viento.

En la bóveda azul del firmamento
las primeras estrellas resplandecen
y en su fulgor rojizo se estremecen
al continuo girar del movimiento.

Colórase de púrpura el ocaso
y el crepúsculo avanza paso a paso;
pliega la flor campestre el fresco broche,
gorjean en el nido dulces árias
las aves al rezar tiernas plegarias,
y el silencio de Dios cierra la noche...

EDUARDO ONTAÑÓN.

SEMANA TAURINA



Con escasa animación y una tarde muy fría se celebró el pasado domingo la novillada anunciada. La empresa, para terminar el curso, echó mano de un saldo de novillos que tenía en los corrales, contrató a dos espadas modestos, y organizó un cartelito de abrigo propio de la estación que se avicina.

Como aliciente del festejo, Barajas y Veneno rejonearon un bicho de Garvey, distinguiéndose grandemente el primero de dichos artistas, que fué ovacionado repetidamente.

Después de esto vino la liquidación de existencias taurinas. Cuatro toros de Bueno, Soler, Contreras y Garvey, que cumplieron decorosamente su cometido de dejarse torear y de embestir con codicia a los

Posadero y Sánchez Torres, salieron en calidad de matadores, trabajaron con buena voluntad, bresaliendo la labor del último, la valentía de que hizo gala durante toda la tarde. El público se entusiasmó con los arrestos de

butante y para él la oreja, el último bicho, presidente, en el arranque de rosidad, la oreja dió.

¡Muy mal! premio de para el torero, realice una completa, con el conocimiento de la sa, y con arre los buenos pre nes del torero.

Al mulero muy bien por to, al toro de rejones, fué el diestro sevillano Joaquín Casas, resultando con grave herida en el brazo izquierdo con lesión de los hombros.

Valentín Neira



1.º Una verónica de Sánchez Torres.—2.º "Posadero", rematando un quite.—3.º Faustino Vigiola "Torquito II", joven matador de novillos que ha obtenido grandes éxitos en las últimas corridas celebradas en Barcelona.—4.º El espada Casañes, conducido a la enfermería. (Fotos Baldomero).

minó con el novillo el sobresaliente lo hizo medianamente.

CHETE

LA MODERNA CRUZADA

ando el cañón enmudezca, y la sangre humana cese de relara en donde se sacrifica a la Furia militarista, y las siones se ablanden, y una aurora de paz ilumine una huidad entregada a la labor honrada y prolífica, la Historia escribirá la primera página de la Moderna Cruzada.

o oceano separa a Europa de América del Norte, y si fueras aguas tránsito para los productos de un intenso industrialismo, pusieron en cambio abismo infranqueable en las ideas del Nuevo y el Viejo mundo.

enían con regularidad a Europa los millonarios yankees a lumbrar con sus *dollars* a las listas parisienses, a los joyeros de Londres, a los fondistas de Suiza y de Italia; igualmente llegaron los traficantes en antigüedades, pero ni con unos ni con otros venía a Europa el gran espíritu, los elevados ideales, la enorme fuerza intelectual del pueblo norteamericano.

su grandeza en el concebir, su

idez en el ejecutar, su aptitud para vencer los obstáculos naturales, llegaban a Europa en forma de una fábula creíble y exagerada.

Como las civilizaciones clásicas nos leccionaban sus mitos, sus héroes, sus titanes, sus epéicos, realizadores de hazañas y trabajos superhumanos por su grandeza, así creímos que los hechos del pueblo americano eran cosas de leyenda y de fábula, cosas increíbles aplicándoles la medida de la razón media europea, esclavo de la superstición y de los prejuicios seculares.

pero hoy pisan el suelo de Europa dos millones de americanas de esas clases medias trabajadoras, campesinas o ciudadanas que forman el núcleo de todos los pueblos. Son los cruzados del siglo veinte, los campeones de una humanidad nueva. Llegan a Europa con las armas del guerrero

en sus manos de industrial o de labrador, pero llegan también con el espíritu de la libertad y de la justicia, de las grandes concepciones, y esto es lo que los asemeja a los antiguos héroes legendarios: con la voluntad firme de realizarlas.

Allá lo hicieron; entre los abismos del Atlántico y el Pacífico nació aquel pueblo exuberante de vida y de inteligencia, laborioso y rico; creció hasta adquirir proporciones gigantescas, como si nutrido fuera por el alimento de los Dioses, y se hizo coloso en los breves siglos que los pueblos europeos necesitaron para balbucear las primeras sílabas de la Historia de la civilización.

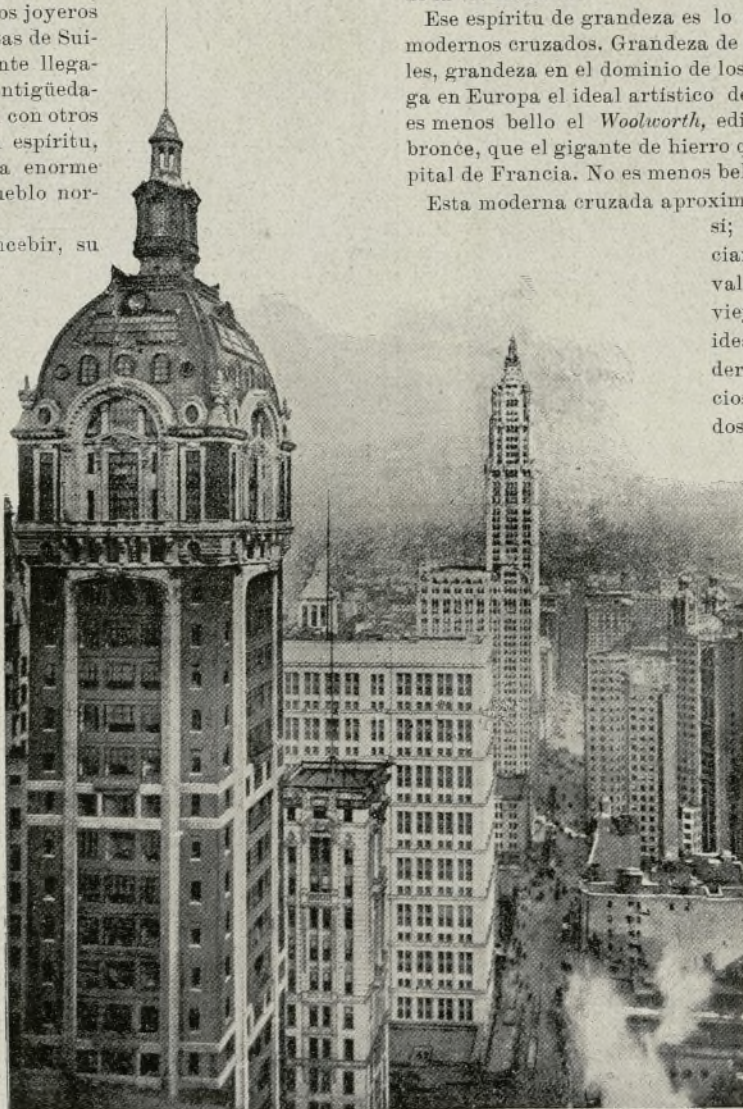
Ese espíritu de grandeza es lo que traerán a Europa los modernos cruzados. Grandeza de ánimo, grandeza de ideales, grandeza en el dominio de los medios materiales. Se niega en Europa el ideal artístico de Norte América, pero no es menos bello el *Woolworth*, edificio colosal de mármol y bronce, que el gigante de hierro que elevó *Eiffel* sobre la capital de Francia. No es menos bello, pero es más útil.

Esta moderna cruzada aproximará a los dos mundos entre sí; se conocerán mejor, apreciarán con mayor justicia su valor respectivo. El Mundo viejo adquirirá vigor nuevo, ideales más ecuanimes, aprenderá el desprecio de los prejuicios inveterados y carcomidos herencia de los pasados y

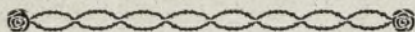
lentos siglos; tal vez el pueblo americano sienta también la belleza del refinamiento aristocrático cuyo ideal estético sedimentaron millares de generaciones en las catedrales, en los lienzos, en los libros y en el ambiente de nuestro Viejo mundo; es indudable que esta moderna cruzada, como las de antaño, abrirá los corazones y ensanchará las inteligencias.

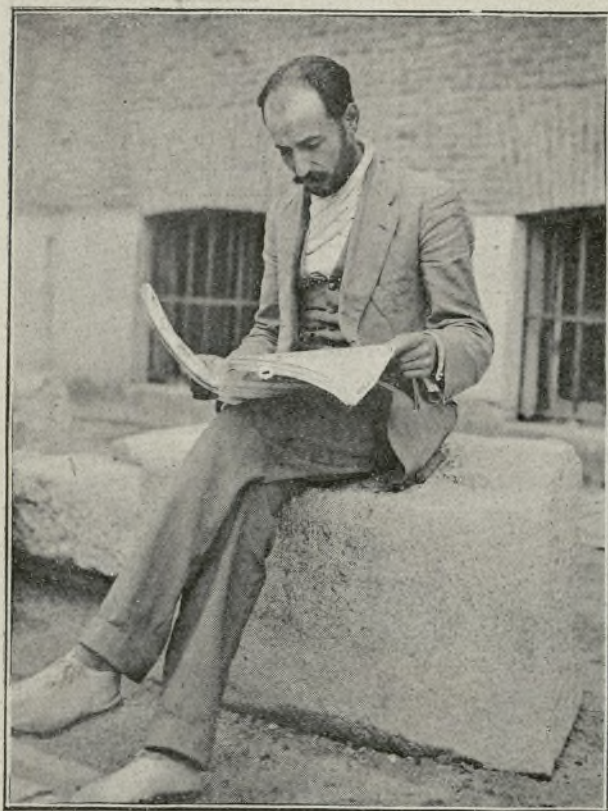
El mundo está en uno de los momentos culminantes de su historia; una era de paz y concordia se avecina, y América será el instrumento de la Providencia.

FERNANDO PONTES.

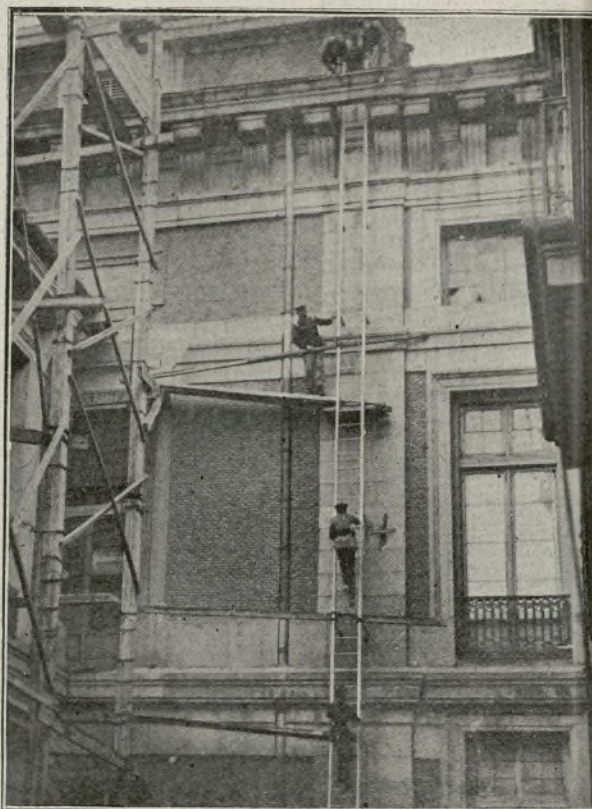


Broadway, la calle más larga de Nueva York y del mundo entero. En primer término, se ve la torre de Singer, al fondo, el rasca-cielos de *Woolworth*





Rafael Cobi en el patio de la cárcel, leyendo un periódico.
(Foto. del Río).



Rafael Cobi reconstituye la manera de penetrar en el Museo.
(Foto. del Río).

UNA POÉTICA LEYENDA CHINA

Jengton-Sien, es una ciudad santa que vive exclusivamente de las peregrinaciones y de la venta de amuletos y oraciones. Las pagodas y los monasterios constituyen una ciudad aparte, destacando sus lacas rojas y sus porcelanas entre el verde bosque. El conjunto es pintoresco, y forman espléndido fondo al cuadro las montañas violeta y la majestuosa corriente del río Yang-Tsé.

Dentro y fuera de los templos, los bonzos de largos trajes grises y cráneo afeitado, se dedican a sus habituales ocupaciones familiares.

Entre aquellos templos, el más venerado, el que atrae de todos los rincones del Imperio millares de peregrinos, es el consagrado a Yen-Lo-Wang, dios del infierno, y a su esposa Konau-Yin, diosa de la misericordia, divinidad venerada por los enfermos y las mujeres estériles.

Pero este santuario tan pobre y abandonado, se adorna con una mágica leyenda que a través de los siglos ha conservado el perfume inmarcesible de la poesía.

Había una vez, hace de esto mil doscientos años, en la ciudad de Tchoung-King, una joven de maravillosa belleza. Eran sus padres ricos comerciantes, muy considerados por su caridad para con los pobres, por su esplendor para con los bonzos o sacerdotes, y por su reverencia hacia los dioses.

La familia acostumbraba a realizar una peregrinación anual a la ciudad santa de Jengton-Sien. En una de estas ocasiones, al salir del templo del dios Yen-Lo-Wang después de depositar su ofrenda, la bella joven, cuyo nombre era Kuan Yin, observó la falta de uno de sus riquísimos pendientes, que estimaba en mucho.

No se sabía si la joya había sido robada o perdida, pero la joven se disgustó tanto, que los sacerdotes se pusieron a buscar el pendiente por entre las losas del pavimento; sacudieron las esterillas, barrieron los rincones...; todo inútil; la joya no pareció.

Repentinamente, uno de ellos lanzó una exclamación: milagro! la joya resplandecía, no en el suelo, sino por

Aquello era, sin la menor duda, la manifestación de la voluntad del divino Yen-Lo-Wang.

Pero aun había de revelarse el mandato de una manera más clara. Aquella misma noche, el gran sacerdote tuvo una visión. Yen-Lo-Wang se le apareció entre llamas, y le manifestó haber resuelto llevarse a las regiones divinas a la bella Kuan Yin y hacerla su esposa. El incidente de la alhaja simbolizaba sus esponsales con la joven mortal, y ésta debía estar preparada para reunirse en breve con su divino esposo.

La emoción producida por este hecho fué grande. Los padres de la joven, como buenos devotos, ahogaron su llanto, y resignados con la voluntad divina volvieron a su hogar, envolviendo en su amor a la que era luz y alegría de sus ojos durante los cortos días que la suprema voluntad celeste les concediera para despedirse de su hija.

Y al alborocar una mañana, la muerte se llevó el espíritu de Kuan Yin, pero una muerte dulce, sin agonía. En el instante de expirar la elegida por la divinidad, el cielo se ensombreció, tembló el suelo y se abrieron abismos lanzando llamas de su profundo seno.

Pasado su terror, los padres se dispusieron a sepultar a su hija. ¡El lecho estaba vacío! Sin perder momento se dirigieron a Jengton-Sien para contar el suceso a los sacerdotes, y al entrar en el templo, ¡nuevo milagro!, vieron el cuerpo de la doncella extendido ante el altar, con el rostro sonriente, expresando arrobamiento, como en un éxtasis de felicidad.

El cuerpo, envuelto en ricas telas, fué depositado en un precioso féretro al pie de la estatua del infernal dios, su esposo. Allí permanece aún, sin que el paso de los siglos haya osado alterar el precioso cuerpo.

Así lo afirman los sacerdotes y los fieles, pero jamás han consentido que la inmarcesible reliquia sea profanada por los ojos incrédulos de los europeos.

Y siendo esto artículo de fe china, como me lo conta-

Los niños que pasan

Es un castizo callejón toledano, de una mansa tristeza que apoca y ensimisma el espíritu.

Frente a mi ventana se parece un paredón. Las últimas llamaradas del sol, alumbrando sus tonos oscuros, pintan en él un livor de sepulcro. Está tan cerca, que parece que, alargando mi mano, lo tocaría.

La monotonía insolente del paredón, extendido hasta ambas bocas de la callejuela, fatiga mis ojos y apena mi alma como una pesadilla.

Dos golondrinas suben, aleteando pausadamente, al cimero del paredón. Se posan en el alero. Me parece que los geránios del balcón vecino sacan a fuera sus cabezas rojas, para coquetear con las avecicas que las enamoran.

De un piano, debilmente pulsado, sólo llega hasta mí el teclear de unos bajos invariables, repetidos con obstinación de principiante. Por otro lado se oyen desaforados gorgoritos de un fonógrafo: es un *garrotín*, de entonación a la vez lasciva y sensiblera.

El crepúsculo ensombrece rápidamente la menguada superficie, y achica por instantes las manchas de luz del paredón lívido. Luego lo desdibuja todo, borrando los contornos con tintas violadas y pardas.

Los dos sonos se funden en un martilleo discorde, por momentos vocinglero, por momentos asordinado. Después cesan uno tras otro, y las últimas armonías, apagándose tenuemente, dan al silencio del atardecer una solemne religiosidad.

Repentinamente, se desgranán en el silencio augusto unas lejanas voces, que semejan tintineo de argén-

teos campaniles.... Ya se acercan las voces, y emboca el callejón una adorable guirnalda de niños, formando con sus manos enlazadas la más gentil cadenita que visteis jamás. Van exhalando en un canto de deliciosa ingenuidad, la gloria y la alegría que rebosan sus almitas albas. Blancos son también sus vestidos, o así lo finge la escasa luz.

Yo miro y remiro ansiosamente, para refrescar mi espíritu entenebrecido en el soplo de vida de aquellos divinos monigotes. Distingo en el grupo encantador, un arrapiezo que no levanta tres pies; apenas pueden aún sus piernecitas sostenerle, y, remolcado por dos muñecas rubias que tiene a sus lados, chilla descompasadamente, mirando a los mayores para no perder el hilo de su canción....

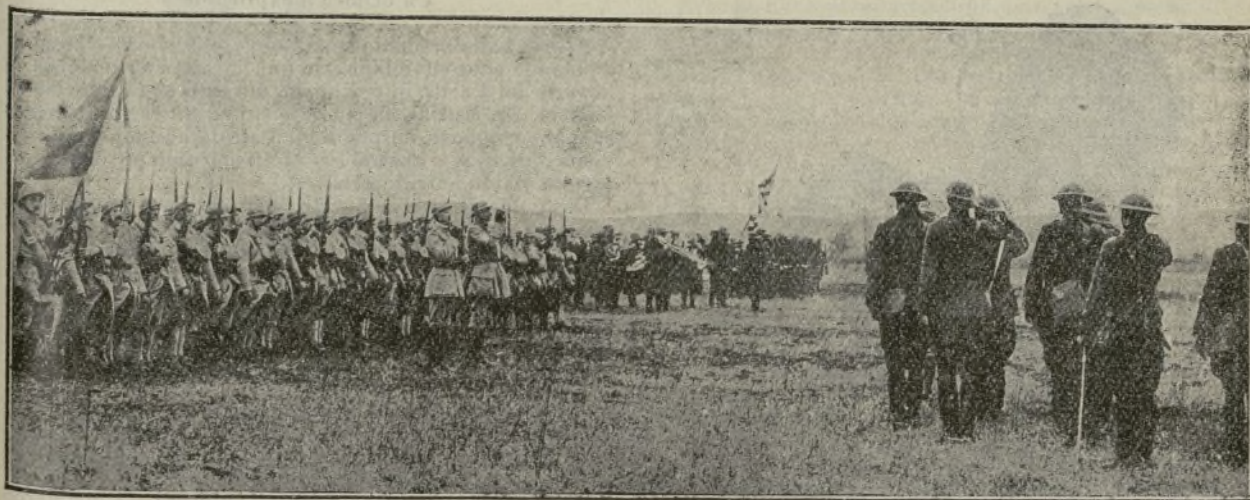
¿Y aquél angelito que va en medio? Es una chicuela que alza dos dedos más que los otros, y lleva la voz cantante con pueril prosopopeya; es un encanto mirar aquel gozo con que abre desmesuradamente su boquita, para que no se menoscabe su majestad de tiranuela... ¿Y...? Ya los veo con pena doblar la esquina del callejón lóbrego. Su infantil premura me robó bien pronto el placer de contemplarlos.....

Ahora es la calle mucho más desolada que antes de aquel torbellino de vida y regocijo, que la animó un instante... Me parece que el paredón se va desplomando sobre mí, y que las luces del crepúsculo, y las golondrinas del alero de enfrente, y las flores rojas del balcón vecino, se han ido tras la gentil cadenita de niños, a entonar con ellos la sinfonía divina de la alegría y de la luz...

B. SÁNCHEZ ALONSO.



Traje de ceremonia, con tocado a la Victoria.
Mola francesa del siglo XVIII.



Revista de un regimiento yanqui después de ser condecorados varios de sus hombres y otro regimiento francés de los que lucharon con los americanos en Mailly-Raineval

Ayuntamiento de Madrid

El crimen de la joyería

NOVELA

ORIGINAL DE

F. BRIDGES

ILUSTRACIONES DE VÁZQUEZ CALLEJA

(CONTINUACIÓN)

—Sí, señora; las cuatro habitaciones del frente del piso principal se han amueblado según las órdenes de la señora, y el automóvil comprado para su servicio aguarda a la puerta de la estación.

La *princesa Nabab*, saludando con una inclinación de cabeza, se envolvió en las pieles de su capa y pasó rápidamente, seguida del intérprete, por delante de los dos personajes, que quedaron como paralizados por la estupefacción. Al cabo, dijo el agente:

—Es verdaderamente una princesa.

—Es un río de oro para mi taquilla, —respondió el empresario.

Una perfumada estela recordaba el tránsito de la hermosa mujer por el andén vulgar de la estación del Norte.

III

Donde todos preguntan y nadie sabe nada

Madrid, a pesar de su cualidad de capital de la nación española, conservó durante muchos años un carácter local muy marcado. Este carácter sufrió una profunda alteración desde los comienzos de la gran guerra.

Refugio de extranjeros de todas nacionalidades y precedencias, Madrid adquirió rápidamente el aspecto cosmopolita de las grandes capitales europeas, y este cambio influyó en la fisonomía callejera de la población.

El millón de habitantes que se aglomera en las calles y se cruza en todas direcciones se hizo más vario y pintoresco, perdiendo la monotonía del sello local.

Pero el círculo social de los escritores, los teatros y la prensa continuó siendo, como lo es en todas las grandes capitales, relativamente estrecho. En él, como en un estanque de escasa anchura, la conmoción más ligera producida en un punto determinado de sus aguas, lleva hasta los extremos del charco, por la telegrafía de los círcu-



y sus ojos fijos y abstraídos...

los concéntricos, la noticia de que un pez dió un salto, de que cayó una piedra en algún punto de las aguas encerradas en sus estrechos límites.

No es, por lo tanto, de extrañar que la aparición en Madrid de la *princesa Nabab* fuera conocida rápidamente en

te entre las personas que componen aquel círculo y causase una gran conmoción, como correspondía a la belleza de la artista y a las circunstancias extraordinarias y misteriosas que ofrecieron su entrada e instalación en la corte.

—¿Quién es? ¿cómo se escribe su verdadero nombre? ¿dónde ha trabajado? ¿de dónde viene? ¿quién le paga el asombroso lujo que gasta?

Todas estas preguntas, y otras más, se dirigían unos a otros cómicos, empresarios, periodistas y escritores sin que hallaran respuesta satisfactoria, pues nadie sabía en realidad ni una palabra acerca de la bella bailarina.

Por fin se pudo averiguar el nombre del empresario afortunado que logró contratar a semejante alhaja. El empresario, apellidado *Negro*, dió poca luz en el asunto,



había un grupo...

y con habilidad desvió el torrente de la curiosidad hacia el agente que le había proporcionado el feliz contrato.

El agente, que era el popular Juanito Paquella, al principio se defendió con energía, negándose a decir nada; después se enfadó ante la pertinaz insistencia de sus curiosos amigos, y al final terminó con un golpe de maestro.

Sonriente y amable, contó separadamente a cada preguntón una historia distinta, a cual más maravillosa y fantástica, con lo cual la madeja llegó a convertirse en un lío indescifrable, pero Juanito Paquella quedó por fin tranquilo, sonriente y victorioso.

IV

Un crimen inexplicable

Sait se hallaba medio sepultado en un enorme butacón de blando cuero avellana, en una de las habitaciones de la *suite* del Palace que ocupaba durante sus estancias en Madrid. Un Murias, flojamente sujeto entre los dedos de su mano colgante, despedía un filete de humo perfumado, y sus ojos fijos y abstraídos al mismo tiempo enfocaban alguna visión extraterrena.

Dos golpecitos en la puerta pusieron instantáneamente tensa su atención; una doncellita entreabrió aquella, y por el hueco se coló un hombre, con asombro e indignación de la sirvienta. Pero *Sait* cortó con un gesto expresivo toda protesta, y la doncella cerró la puerta con gesto de mal humor.

—Mister *Sait*, —dijo el hombre;— venga usted inmediatamente conmigo.

—¿Qué es ello?

—Un crimen; un misterioso crimen.

Sait, sin responder, estuvo en pie en el acto, cogió su bastón, se puso el sombrero, y siguió al hombre que ya bajaba a escape la escalera.

Sin cruzar ni una frase, a pasos rápidos, se dirigieron hacia la calle de Alcalá, atravesaron esta y entraron en la Gran Vía. Frente a una de las grandes casas nuevas de la espléndida avenida, había un grupo compuesto por

más de cien personas que contemplaban ansiosamente el enorme escaparate de una joyería; los más lejanos del grupo se ponían en puntillas, alargando el cuello para enterarse de algo, cosa difícil, pues la gran luna estaba cubierta interiormente por un *stor* de terciopelo bordado de oro, que ocultaba por completo lo que pudiese ocurrir en el interior del establecimiento.

Una pareja de guardias, que custodiaba la puerta del local, dejó pasar al hombre, que era un individuo de la policía, y a su acompañante. Los curiosos, al entreabrirse la puerta, hicieron un movimiento de avance que produjo fuertes oscilaciones en la aglomeración de público cada vez más numeroso que contemplaba el lugar del crimen, pero su interés y su curiosidad quedaron defraudados, pues la puerta se cerró en el acto, sin que se pudiera percibir nada del interior.

Dentro de la joyería no había nadie en aquel momento.

—Los jefes deben de estar arriba haciendo el atestado; dijo el agente a modo de explicación.

Sait, sin responder, desde la misma puerta paseó sus miradas por el local. Este era espacioso y adornado con severa elegancia. Grandes armarios de roble oscuro con filetes de oro cubrían las paredes; una magnífica lámpara de madera y metal pendía del techo, y junto al macizo mostrador, de igual carácter que los armarios, o arrimadas a los muros, media docena de sillas tapizadas de terciopelo completaban la sobria ornamentación.

La pared del fondo estaba cubierta por grandes espejos; a un lado una puertecilla disimulada cerraba el paso a la parte interior.

—¿El cadáver?—preguntó Sait.

—Ahí dentro—respondió el agente,—y, avanzando, hizo girar el botón dorado y abrió la puerta; Sait entró; un espectáculo emocionante se ofreció a sus ojos, que sin embargo le contemplaron con mirada intensa pero absolutamente fría.

El recinto, como de unos dos metros de fondo, tenía las paredes cubiertas por armarios; estos y el suelo, de par-

había empapado las cartulinas hasta hacerlas aparecer como estampadas sobre fondo rojo.

Al lado de la mesa, tendido sobre el parquet, estaba el cuerpo de la víctima.

Sait se arrodilló junto al cadáver y le observó larga y detenidamente. El cuerpo estaba casi sobre un costado,



Sait se arrodilló junto al cadáver...

con un brazo extendido sobre el suelo, con la mano cerrada, mientras la otra cogía fuertemente el extremo del tapete, como si la víctima hubiera querido sujetarse al caer.

Vestía un terno de color gris; el rostro pálido, casi inberbe y completamente afeitado, representaba unos treinta años de edad, y se contraía en una mueca de odio; entre el pelo rubio, en la sien, una mancha negruzca indicaba el sitio por donde entró una bala, sin orificio de salida. Tirado en el suelo se veía un sombrero flexible, de color café oscuro. Sait cogió el sombrero, que estaba limpio de sangre, y lo examinó por dentro y por fuera; en la badana había dos letras de metal dorado, indudablemente iniciales del nombre y apellido del propietario; las letras eran estas:

F. M.

Sait permanecía arrodillado, inmóvil, como indeciso, cuando resonó un timbre eléctrico, cuya campana se hallaba en la pared de la habitación del crimen.

—El jefe me llama desde arriba, dijo el agente, y subió en el acto por la escalerilla que conducía al piso entresuelo.

Apenas hubo desaparecido la figura del agente al dar la vuelta hacia al segundo tramo, Sait, con movimientos rápidos de una precisión admirable, sacó de uno de sus bolsillos un metro estrecho como un cordel y midió el cerco interior del sombrero, e inmediatamente la circunferencia craneana del muerto. Enseguida entreabrió los dedos de la mano libre del joven asesinado con hábil violencia, y una sonrisa de triunfo, acompañada por aquella fugitiva luz que iluminaba sus ojos en ciertos momentos, dió a su rostro una expresión de energía moral incontestable.

De entre los dedos de la mano ya fría, extrajo un objeto que guardó con precipitación en su propio bolsillo, al tiempo que se oyeron las voces de varias personas que hablaban arriba.

Sait se puso en pie y asumió una expresión indiferente; momentos después, aparecía en la escalera el voluminoso cuerpo de D. Pedro Sol, uno de los jefes más prestigiosos de la policía. Sol debía su prestigio a uno de esos accidentes fortuitos que a veces ofrece la mudable fortuna a ciertos privilegiados, accidente que D. Pedro Sol, que no carecía de cierta astucia, supo aprovechar y que le proporcionó el descubrimiento de un misterioso criminal extranjero, estafador de fama mundial.

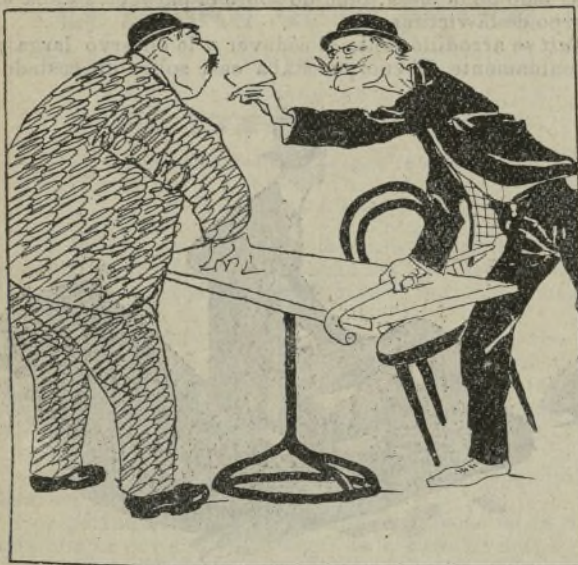
(Continuad)



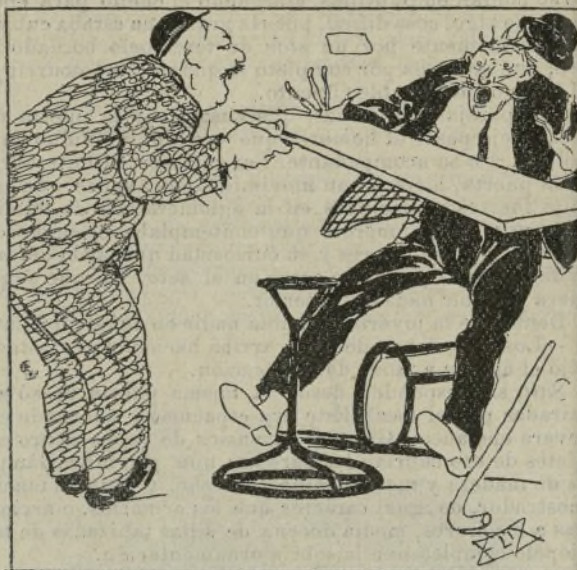
un espectáculo emocionante se ofreció a sus ojos...

quet encerado, eran iguales a los del local exterior de la joyería. Cerca de uno de los ángulos se veía una mesita cuadrada, medio cubierta por un tapete que por un lado colgaba casi hasta el suelo; sobre este tapete, algunas cartas de baraja, el resto de las cuales yacían esparcidas por el suelo sobre un charco de sangre ya casi coagulada, que

DUELO IMPOSIBLE



¡Ahí va mi tarjeta!



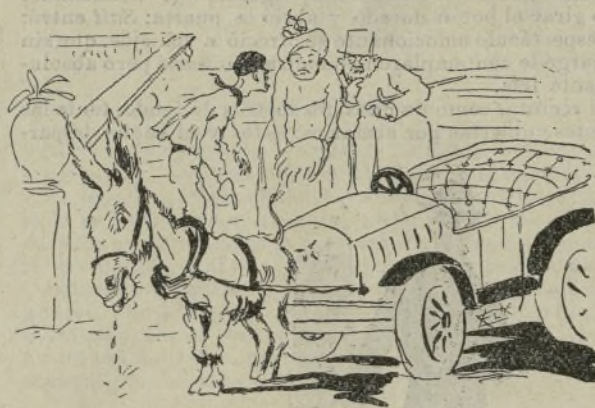
¡Ahí va la mía! (¡¡¡¡ !!!)

LA ESCASEZ DE GASOLINA



ELLA.—Robustiano, ahora podremos sacar el auto del garage; lee este anuncio.

EL.—Leyendo: «El mejor sustitutivo; a prueba.»



El sustitutivo.



Es buena idea esta de poner en la servilleta las muestras de las diferentes sopas.



LA MAMÁ.—Ya te enseñaré yo a ser obediente. ¿Ves cómo al fin te has callado?

EL NIÑO.—No me he callado, mamá; es que descansé.

obtenerlas. Su capa de viaje, entreabierta, dejaba ver un magnífico chaleco galoneado, y un cinturón de búfalo que sostenía un sable y un par de pistolas.

No viajáis desprevenido, señor,—dijo Gil Gosling—echando una mirada sobre sus armas, mientras colocaba sobre la mesa el vino con especias que el viajero había pedido.

—Sí, señor patrón; he aprendido su utilidad en el momento del peligro, y no imito a vuestros grandes de ahora, que despiden a sus criados en cuanto creen que no los necesitan.

Muy bien, señor; ¿Venís, pues, de los Países Bajos, de la tierra de la pica y el arcabuz?



llevo conmigo lo necesario...

—Yo he viajado muy lejos, amigo y por muchos países; pero quiero beber a su salud un vaso de su propio vino. Llenad otro, y vaciadlo a la mía. Si no es bueno en grado superlativo, debéis reconveniros a vos mismo.

—Si no es bueno en grado superlativo,—repitió Gosling,

después de haber vaciado su vaso, y relamiéndose los labios con placer inefable, será que no sé lo que significa la palabra superlativo. No encontraréis vino como él en las *Tres Grullas* ni en el *Vintry*; y si lo encontráis mejor, aunque sea en *Canarias* o en *Jerez*, consiento en perder de vista para toda mi vida el jarro y el dinero. Levantad el vaso a la luz, y veréis los átomos agitarse en este licor dorado como en un rayo de sol; pero quisiera más servir vino a diez patanes que a un viajero. ¿Vuestra merced no lo encuentra bueno?

Es puro y agradable, patrón; pero para saborear excelente vino, es menester beberlo en el país donde se produce: creed que el español es demasiado astuto para enviarnos lo mejor de sus viñas. Este que consideráis como vino escogido, no pasaría sino como un vinagrillo en el Puerto de Santa María. Es menester viajar, señor patrón, si se quiere estar profundamente versado en los misterios del frasco y del tonel.

En verdad, señor, que si yo no viajase sino para hallarme después descontento de todo lo que puedo tener en mi país, me parece que haría una necedad: y aseguro que hay más de un necio en estado de saborear el buen vino sin haber salido jamás de las nieblas de la antigua Inglaterra. Gracias a Dios, yo permanezco junto a mi hogar.

—Eso es pensar mezquinamente, patrón, y aseguro que todos sus conciudadanos no son de igual opinión. Apuesto que habrá entre ellos algunos valientes que hayan hecho un viaje a *Virginia*, o a lo menos dado una vuelta por los Países Bajos. ¡Vaya!—repasad vuestra memoria. ¿No tenéis en país extranjero ningún amigo de quien quisieráis saber noticias?

—No a la verdad, no existe ninguno, después que el insensato de Robín de Brysandsford se hizo matar en el sitio de la Brille. Al diablo la culebrina y la bala que se lo llevó, porque jamás mejor amigo viviente hallenado y vaciado su vaso desde por la tarde hasta el otro día. Pero en fin, ya ha muerto, y no conozco soldado ni viajero que me importe un rábano.

—A fé mía que es extraño. ¡Qué!—habiendo tantos valientes ingleses en países extranjeros, ¿vos que parecéis un hombre distinguido, no tenéis entre ellos amigo ni pariente!

—Si me habláis de parientes, tengo a la verdad un tunante de sobrino, que se marchó de Inglaterra el último año del reinado de María; pero es uno de aquellos libertinos que se tiene más gusto en perderlos que en encontrarlos.

—No habléis así, mi querido patrón, a menos que no ha-



este era un hombre de veinticinco a treinta años...

NUESTROS CONCURSOS

I,

1.^a **Concurso de Dibujos Cómicos** con sus pies correspondientes, ambas cosas originales e inéditas bajo la responsabilidad del autor. El asunto es libre, quedando esceptuados los ataques a la moral, los asuntos religiosos o políticos, y los referentes a la guerra.

2.^a Los dibujos se enviarán por grupos de cuatro o seis, de igual tamaño, y de modo que puedan formar una plana de 16 por 19 centímetros, o reducirse a este tamaño. Estarán dibujados a pluma, con tinta china sobre buen papel blanco.

3.^a Cada envío vendrá dirigido al Director de **Día y Noche**, Apartado núm. 809, Madrid, y acompañado del nombre y dirección del autor, escritas y firmadas de su puño y letra.

4.^a Por cada serie de cuatro o seis dibujos aceptados, y publicados en la Revista, se abonará 20 pesetas; y al terminar el concurso, un jurado que se nombrará al efecto y del cual formarán parte el dibujante Sr. Vázquez Calleja y el director del periódico, adjudicarán a los dibujos que se considere mejores entre los publicados un primer premio de 100 pesetas, un segundo de 50 pesetas y dos terceros de 25 pesetas cada uno. Los premios se otorgarán siempre a una serie completa.

5.^a La fecha en que habrá de cerrarse el concurso, se anunciará oportunamente.

6.^a No se sostendrá correspondencia con los concursantes.

7.^a El hecho de tomar parte en el concurso deja establecida la absoluta conformidad de los concursantes con el resultado y decisiones de la dirección del periódico. Se advierte que toda recomendación será causa de que los dibujos del recomendado sean excluidos del concurso.

8.^a Los dibujos aceptados y publicados, serán

pagados inmediatamente, a la presentación del recibo, y previa comprobación de firmas.

9.^a No se devolverá ningún original publicado, y estos quedarán de la absoluta propiedad de la editorial **Hispánica**.

II

1.^a **Concurso de fotografías** de asuntos de la calle, comprendiéndose en esta denominación todas aquellas escenas callejeras que por su interés o gracia merezcan ser publicadas. Las fotografías podrán ser tomadas en cualquier población española, y habrán de ser actuales y originales e inéditas, bajo la responsabilidad del autor.

2.^a Deberá enviárenos dos pruebas positivas en papel de cada fotografía, y al dorso escrito el asunto fotografiado y los demás datos de lugar, tiempo, etc. Las pruebas tendrán un tamaño mínimo de 9 por 12 centímetros.

3.^a Por cada fotografía aceptada y publicada, se habonará en cuanto se publique, la cantidad de cinco pesetas. Cada concursante podrá enviar un número ilimitado de fotografías.

4.^a Al terminar el concurso, se adjudicará por un jurado compuesto por el director y redactores del periódico **Día y Noche**, los premios siguientes a las fotografías que se considere más notables entre las publicadas, por su intención, su gracia o su interés, teniéndose además muy en cuenta la perfección de la prueba: dos primeros premios de 50 pesetas cada uno y ocho segundos premios de 25 pesetas cada uno.

5.^a Serán aplicables al concurso de fotografías las cláusulas 3.^a, 5.^a, 6.^a, 7.^a y 9.^a del **Concurso de dibujos cómicos**.

Los dibujos y fotografías que no entren en concurso, quedarán en esta administración a disposición de sus autores, siendo requisito indispensable la presentación del recibo.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la respuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

"Día y Noche" no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público



—Allí va un matrimonio feliz. Ese hombre ha encontrado su media naranja.
—Creo que te equivocas; eso es su media sandía.

IMPRENTA HISPÁNICA

CARDENAL CISNEROS, 47, MADRID

TELÉFONO J. 923

Se hacen obras, revistas, catálogos, folletos, tarjetas e impresos de todas clases